

La ofrenda de la cera, en el Pirineo¹

Por Luis-Pedro Peña Santiago

El uso de la cera en el Pirineo no estaba, ni lo está todavía, reducido a las ceremonias religiosas, tales como funerales, novenarios, Todos los Santos, día de Animas y "toma de sepultura".

El rollo de cerilla y la vela en unos casos, o el mazo de cera en otros, van unidos a diversas ceremonias en romerías, fiestas y creencias populares.

En Alquézar se ofrecía cera a la Virgen en época de sequía, y en otras aldeas altoaragonesas, cuando la tormenta amenazaba piedra, disparaban a las nubes con balas de cera bendita. En el Ripollés, en el pueblo de Sant Julià de Vallfogona, todavía estaba en uso hace pocos años el llamado "ciri del monument". Esta costumbre, citada por José Roméu, consistía en que el trozo que quedaba de la vela que había ofrecido cada familia en el monumento de Semana Santa era conservado y guardado en casa, ya que era creencia general "que tenía la virtud de ahuyentar las tempestades si se le enciende, especialmente ante una imagen de devoción familiar".

Igualmente en el país vasco la cerilla es parte fundamental en la práctica de conjuros el día de la tormenta, para la efectividad de ciertas maldiciones, e incluso en la protección de enfermedades en los ganados.

De todos modos, independientemente del uso de la cera en circunstancias similares a las citadas, su mayor arraigo en el pueblo se encuentra en el culto a los antepasados. La vela simboliza, o es, en cierta forma, una continuación del fuego sagrado del hogar en la "sepultura" que cada casa o familia, según los casos, posee en el interior del templo. Como indicaba Violant y Simorra, "el hogar era sagrado, en él ardía el fuego bendito, símbolo ancestral de la familia, puesto que simbolizaba a los dioses lares".

No hay que olvidar que antes de enterrarse en los cementerios se enterraba posiblemente en el interior de la casa o bien junto a ella en la huerta más próxima². Una vez que se comenzó a sepultar dentro de las iglesias (en el país vasco parece ser que pudo iniciarse entre los siglos XIII y XIV) cada casa tuvo su "sepultura" marcada en el pavimento del templo. A partir de entonces casa y

1. Este trabajo es continuación del que, con el mismo título, se publicó en el número anterior, *CASERAYUGUSTA* 23-24, págs. 105 a 112. En él, junto a datos recogidos personalmente en una reciente visita al Pirineo oriental y distintas zonas de Navarra, se incluyen referencias halladas en diversas publicaciones.

2. En el país vasco se han recogido algunos datos que hacen constar que en época bastante reciente, en algunos pueblos de Vizcaya, se ha enterrado a los niños recién nacidos, muertos sin bautismo, en el espacio comprendido entre el góteral del alero y el muro de la casa. Como si con ello se quisiera que la casa continuara dándoles su protección.

"sepultura" fueron siempre unidas, siendo ésta como una continuación de aquélla. Quien vendía la casa vendía la "sepultura"³.

El dualismo casa-fuego encontraba su correspondencia en el ya cristianizado sepultura-cera. Con ello, al mismo tiempo que se llevaría a cabo la cristianización de ciertos ritos, ceremonias y creencias de culto a los antepasados, numerosas creencias y supersticiones extendidas por todo el Pirineo en relación con los espíritus de los muertos y su presencia en la casa, pasaron por efecto de la nueva religión a estar ligadas a la "sepultura familiar"⁴.

Pueden citarse algunos casos que confirman esta opinión. En el Pallars apilan el fuego de la chimenea para que no se apague y dé calor a las almas de los difuntos. Esta misma costumbre, con algunas variantes, se encuentra generalizada en el resto de la cordillera. Mestres recogió la tradición, muy extendida en toda Cataluña, en la que se creía que desde Todos los Santos hasta el día de Animas las almas de los antepasados volvían a su casa. En Espot (Pirineo de Lérida) dicen que si se queman los tizones del hogar por la parte más estrecha se hace sufrir a las almas del purgatorio, y en Estahis es creencia que la misma operación hace sufrir a los antepasados. En otros lugares es creencia que los alimentos dejados en determinados días junto al hogar son comidos en parte por los espíritus de los muertos, y que incluso sus huellas quedaron marcadas en las cenizas de la chimenea⁵.

Así, estas creencias, aun sin abandonar enteramente su primitivo sentido y localización, se acomodaron rápidamente a las nuevas circunstancias al pasar a formar parte de un culto en el interior de las iglesias. Las luces que brillaban encima del "sepulcro" servían para "iluminar a los difuntos", "tienen necesidad de luz en el otro mundo", "iluminan las almas", "la necesitan para que las almas en pena no vayan al infierno", "suben las almas al cielo alumbrándose con la luz de los cirios", y "les ayudan a salir del purgatorio". Lo importante es que no faltara el fuego, la llama. Por otra parte, el pan de la ofrenda mantendría el simbolismo de los alimentos ofrecidos en el hogar a las almas de los difuntos, pues en el país vasco se ha recogido la afirmación de que las almas han llegado a comer del panecillo depositado en la "sepultura"⁶.

Los nuevos datos recopilados en Navarra y parte del Pirineo oriental, reafirman, pese a su actual e incipiente decadencia, el arraigo que tuvo en los

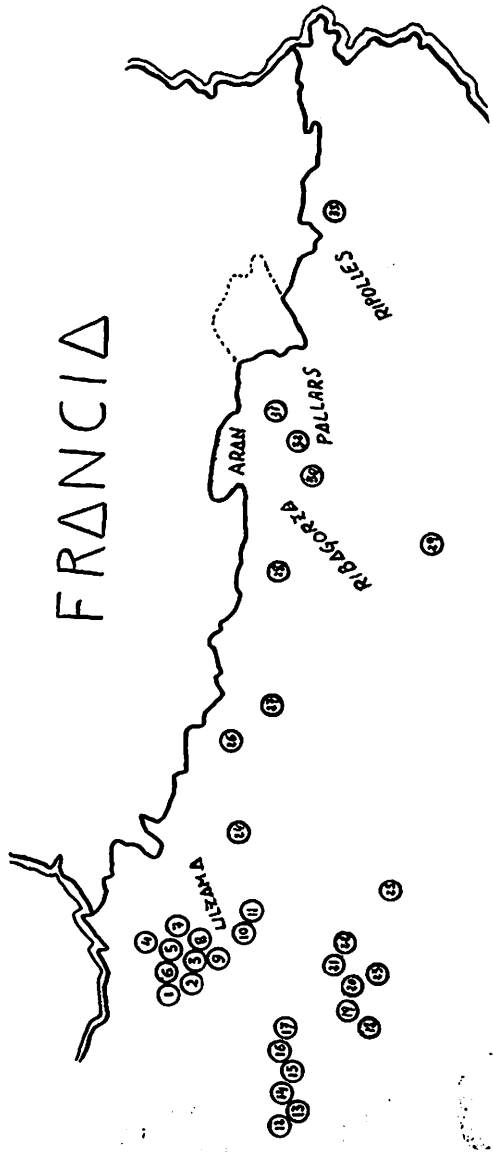
³ La "toma de sepultura" es una demostración aún viva de la unidad entre la casa y el "sepulcro" hoy simbólico de la iglesia. En muchos pueblos del país vasco (Ataún, Lazcano, Amézqueta, Ceberio, Aulestia, Mendaja, Turiso, Oquija, valles de la Burunda, Anué, Ulzama, Bidasoa, etcétera), al igual que en el valle de Gistain (Pirineo aragonés), se conservó hasta hace algunos años la costumbre de presentar a la nueva dueña de casa en la "sepultura" de la casa de la que pasaba a formar parte por su matrimonio.

⁴ Los pueblos del Pirineo han puesto siempre especial cuidado en agradar a sus antepasados, siendo de destacar el respeto que su memoria infunde. Para algunos autores, las causas han sido el temor de ellos, para otros el deseo de que encuentren un hogar acogedor y los protejan, y, finalmente, confundida con el pensamiento más primitivo de su necesidad de luz en la otra vida, la idea más moderna de ayudarles a salir del purgatorio.

⁵ En el pueblo de Larrabezúa existía la creencia de que las almas de los difuntos vuelven a su casa en Nochebuena y dejan las huellas de sus plantas en las cenizas del hogar.

⁶ Estas creencias arraigadas durante generaciones en torno a la casa, la "sepultura", el fuego, y la necesidad de alimentar al espíritu de los antepasados, bien hubiera podido partir del eneolítico e ir evolucionando hasta nuestros días. Hoy en día se puede aún observar cómo la orientación de las "sepulturas" de iglesias de cierta antigüedad coincide con la que se daba a los cuerpos hallados en los dólmenes.

El panecillo es uno de los últimos testimonios que han llegado hasta nosotros de ofrendas anteriores. Ya en el siglo XVIII, y aun con posterioridad, fue de uso común la ofrenda de carneros, gallinas, trigo, frutas, etc. ... Todavía a mediados del mismo siglo se llevaba a cabo la ofrenda de bueyes en los entierros, en algún pueblo de Guipúzcoa (Aizamazabal y Oíquina). Panecillo de ofrenda: "oblada" en castellano, "opille" en vascuence.



Croquis de distribución

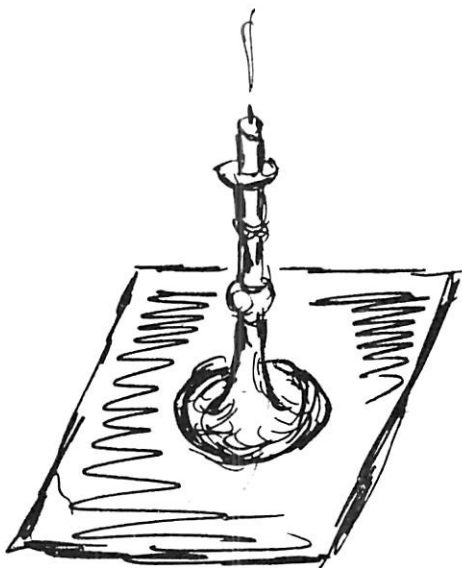


FIG. 1

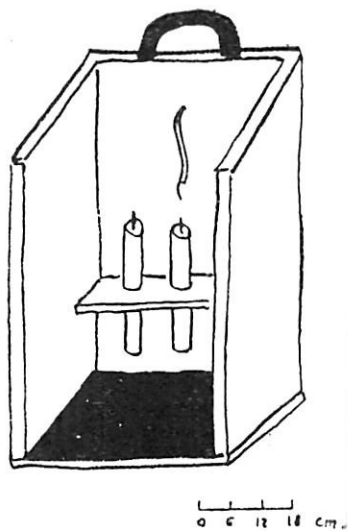


FIG. 2

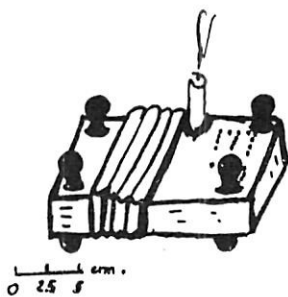


FIG. 3

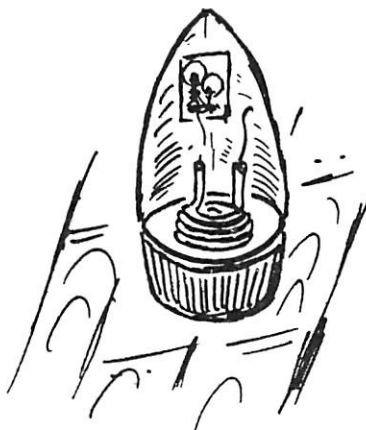


FIG. 4



FIG. 5



FIG. 6



FIG. 7

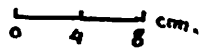
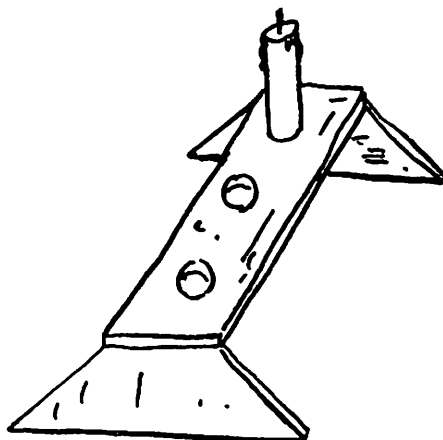


FIG. 8



FIG. 9

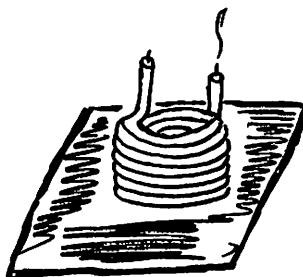


FIG. 10

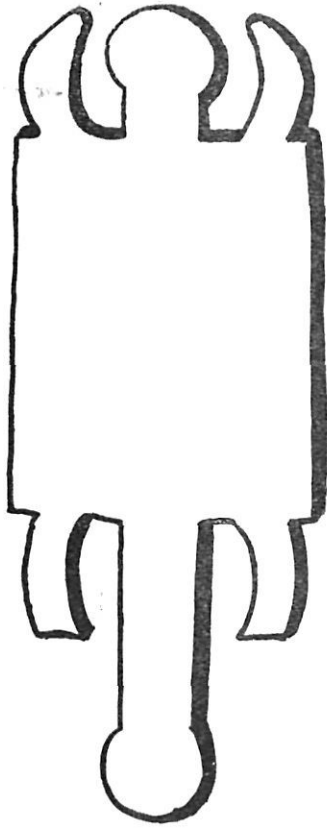


FIG. 11



FIG. 12

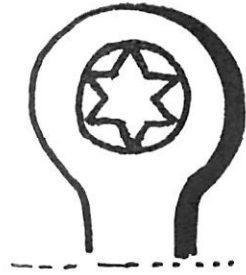


FIG. 13



"Argizaiolas" en la iglesia de Gaviria (Guipúzcoa), Junio 1965.

(Foto Luis Peña Basurto).

La ofrenda de la cera en el Pirineo

valles pirenaicos el respeto por la "sepultura" y la ofrenda de la candelilla, o del fuego propiamente dicho, sobre cualquier otra.

En Atallo, Arriba y Betelu han dejado de colocarse las "fuesas" (fig. 2) para ser sustituidas por candelabros sobre una tela cuadrada de color negro (figura 1).

En Lecumberri aún emplean la "fuesa" (fig. 2) puesta sobre el emplazamiento de la antigua "sepultura". Este mismo tipo de cajón se usa en los cercanos pueblos de Areso, Gorriti, Huici, Goizueta y hasta hace poco en Leiza.

En Huici, cuanto más importante es la fiesta más luces iluminan la "sepultura". La razón que dan es que "para qué son las fiestas importantes si no honramos en ellas a nuestros antepasados". En Goizueta depositan la sencilla "argizaiola" de tabla y patas (fig. 3) en el interior de la "fuesa". Es de los contados casos en que se ve esta tablilla en Navarra, siendo ello debido, sin duda, a su proximidad a la provincia de Guipúzcoa, donde son de uso muy común⁷.

En el valle de Ulzama (Echalecu, Auza, Elzaburu, Iraizoz, Alcoz, Larrainzar, Lizaso, etc.) y en los pueblos próximos de Gulina y Larumbe colocan también el mismo tipo de cajón con algunas variantes en cuanto a su tamaño, y siendo a veces rematados por una cruz de madera en lugar del asa (fig. 2). En su interior ponen un cestillo de mimbre con candelilla acompañado de dos candelabros, uno a cada lado, cuando es funeral. Los habitantes de estas localidades consideran que la palabra "fuesa" viene de "huesa" o "huesos", aludiendo a los sepulcros que existieron en las iglesias hasta el siglo XIX.

Al pie de la sierra de Aralar se asientan una serie de pueblos que mues-

7. En cuanto a la "argizaiola" de empuñadura, tallada, utilizada en la provincia de Guipúzcoa, parece confirmarse que su extensión hacia Oriente no rebasa su frontera con Navarra. Cualquier descubrimiento en este sentido sería del mayor interés etnográfico. Yo he de reconocer que pese a mis indagaciones nada he conseguido en ese aspecto.

Aunque la función que desempeña la "argizaiola" (fig. 11) es la misma que la de las "fuesas", hacheros, cestillos, banquillos, candelabros, mazos de cera, o simplemente el rollito de cerillas⁸, su interés estriba en la forma que tiene y en los dibujos que lleva tallados, especialmente en su cabeza y en la empuñadura.

Su forma antropomórfica (fig. 11), recuerda inmediatamente a la estela, y en los casos en que está tallada su cabeza y empuñadura, reproducen tallas encontradas en estelas de ambos lados del Pirineo. Las figuras 12 y 13 recogen dos cabezas de "argizaiola". Estas tablillas de madera rara vez superan los cincuenta centímetros de longitud.

El hecho curioso es que si bien, al parecer, la tablilla no se extiende por el resto del Pirineo, los motivos que en ella se representan los encontramos reproducidos no sólo en monumentos religiosos románicos de la cordillera, sino también en manifestaciones de arte popular, como dinteles, ventanas, chimeneas, cucharas, moldes de queso, vasos de cuerno, collares para el ganado, e incluso en marcas de ganado lanar; además de las estelas citadas ya anteriormente.

Ahora, aún cuando la "argizaiola" por su forma especial puede representar la figura del difunto, al igual que la estela, de la que dijo Frankowski que pudo surgir "con el fin de dar al alma errante una imagen exacta del difunto, como consecuencia de la creencia de que el alma del muerto puede volver a su tumba para buscar su encarnación, y atraída así a la tumba, descansando en su imagen, el alma del muerto tenía que dejar en tranquilidad a los supervivientes", ofrece la particularidad de que además es portadora del fuego simbólico del hogar. De todos modos, es muy posible que las estelas tampoco se vieran privadas, al menos en algunos casos, de luz, pues hay autores que recogen el dato de aldeas donde en determinados días del año se encendían velas junto al sepulcro del cementerio.

En realidad, bien se pudiera pensar en un dualismo, ya que no todos los pueblos dispusieron de "sepulturas" en las iglesias, y en otros casos los "sepulcros" no serían suficientes para todas las casas.

Finalmente, Rodney Gallop, basó la similitud del significado de la estela y de las "argizaiolas" en que estas últimas aparecían en los lugares donde no se habían encontrado estelas en Guipúzcoa, si bien parece ser que ambas cosas puedan tener el mismo significado, o que hoy se les dé idéntica interpretación; sin embargo, la razón dada por la ausencia de una de ellas no tiene fuerza, al haber sido encontradas tablas de empuñadura talladas en Ormaiztegui, Segura y Cegain, villas guipuzcoanas donde también existían estelas.

En cuanto a la similitud de forma y a la interpretación que se les ha querido dar en comparación con los cantos pintados de Mas d'Azil, ello requiere un estudio muy profundo.

tran una gran variedad de objetos donde se deposita la ofrenda. En Iturmendi utilizan unos cestillos con una defensa de cartón (fig. 4) forrada de blanco y llevando pegada en su parte interior una estampa. En Bacaicoa las cestitas llevan en su interior una tela blanca sobre la que depositan el rollo de cera (figura 5).

En Echarri-Aranaz es también un pequeño cesto, "jaskitxo", con una tapa de mimbre, entre cuyas rendijas salen los cabos del cerillo (fig. 6). En Arbizu emplean una cestilla de mimbre con tapa de cartón negro, y los dos cabos de cera sobresalen por la ranura que queda entre la cesta y la tapa (fig. 7).

En Arruazu y Yabar existían las "fuesas" (fig. 2), pero en la primera de estas dos localidades han dejado de usarse. Aquí decían que la palabra "fuesa" provenía de "fosa", recordando a la vieja "sepultura". En Huarte-Araquil conservan unos pequeños hacheros (fig. 8) que sustituyeron a la "fuesa", en cuyo interior brillaba el rollo de candelilla, a la que llamaban "argizarie".

Al sur de las sierras de Urbasa y Perdón, en Estella, se colocaban unos cestos, "sherbilla", tapados por un cartón con agujeros, a través de los que salía la cera. Cestillos de este mismo tipo se utilizaban en Erdozain. En Murillo de Yerri depositaban las velas de la ofrenda en un hachero próximo al altar mayor, y más al norte, en Puente la Reina, Obanos y Muruzábal, aunque ya se perdió la costumbre, recuerdan que ponían unos canastillos de mimbre en cuyo interior y encima de una tela blanca adornada de puntillas, dejaban el panecillo para ofrendar. Además, en el mismo cestillo, iba sujeto de pie un palo cilíndrico de más de medio metro de altura, en cuyo extremo sujetaban un trocito de cera hilada que ardía en los oficios (fig. 9).

En Mendigorria los ancianos guardan un recuerdo muy vago del uso de la cera, y dicen dejó de emplearse hace mucho tiempo.

En Aoiz utilizan el canastillo con cera en su interior. En algunos casos la ofrenda de la vela va acompañada de la del pan. En Tafalla, el día de las Animas llevaban a la iglesia, y dejaban sobre la "sepultura" unos cestillos, "canastillos", con cera hilada. También era frecuente ver el rollo de cerilla puesto, sin más, sobre una tela negra cuadrada de cuarenta centímetros, aproximadamente, de lado (fig. 10).

Finalmente, en muchos pueblos de la Ribera empleaban cuatro candelabros, cada uno en una esquina de una tela negra cuadrada, y en medio de ella el cestillo con la ofrenda del panecillo.

En Ansó estaba en uso el mazo de cera. En esta misma localidad, durante la noche de Todos los Santos, se deja una vela encendida en memoria de los difuntos. Esta costumbre se encuentra también en la montaña de Navarra y Guipúzcoa, e incluso la he encontrado en el mismo San Sebastián. La razón que me han dado ha sido que "la madre siempre lo hacía así, no dejando ni un solo año".

En Baraguás, es creencia que entre los días de Todos los Santos y Animas suben las almas al cielo alumbrándose con los cirios que han colocado en la iglesia, dentro de la cestilla. En Gistaín ponían un banquillo con las velas de la ofrenda, y en la misma provincia de Huesca, en Tamarite de Litera, usan de unos trozos de madera para enrollar la cera amarilla, a los que llaman "estadales".

Del mismo Aragón, ya muy al Sur, en la zona de Borja, tengo referencias de que se llevaba a cabo también la ofrenda de cera por los difuntos.

En el valle de Arán los cirios de la ofrenda eran distribuidos por las personas que presiden el duelo.

La ofrenda de la cera en el Pirineo

Violant y Simorra recoge el dato en el que, según una consuetud parroquial de Sarroca de Bellera (Pallars), en el siglo XVIII, además de ofrendar el panecillo y el rollo de cera, después de la misa pasaban todos los asistentes "a ofrecer para el difunto con vela encendida". La costumbre de la ofrenda del panecillo estaba también generalizada en Ribagorza y Pallars.

En Areo, aldea del valle de Vallferrera (Pallars), la noche de Todos los Santos cada casa mantiene encendido durante toda la noche el fuego del hogar "para que las almas en pena no vayan al infierno". Lo hacen de este modo porque dicen que es mayor sacrificio que "hacer arder un candil o vela", tal y como lo hacen en otros muchos pueblos de la montaña.

El mismo Violant y Simorra indica que en el Pallars, en la actualidad, en lugar de ir al camposanto a rezar ante la sepultura hacen la ofrenda de la cera y oran por los difuntos en sus casas. Años atrás, en esta misma zona, la señora de la casa encendía la cerilla, "candelero" (Pallars, Sobirá suroccidental) o "estadal" (valles de Aneo y Vallferrera). en sufragio por las almas de sus difuntos, costumbre que todavía se conservaba en La Plana (valle del Flamisell).

En Setcases la ofrenda consistía en rollitos de cera de color blanco, que eran repartidos por la vecina más próxima a la casa del difunto.

En el Ripollés también es quien preside el duelo quien reparte la cerilla entre los asistentes. La mujer que preside el duelo de las mujeres lleva un cesto con un pan, y en el aro del cesto, sujeta, una antorcha formada por siete candelillas, que enciende al comenzar el oficio de difuntos. Del mismo modo, en el Vallés, la mujer de la casa llevaba la ofrenda del pan en un cestillo, con una candelilla colocada de la misma forma en que lo hacen en la comarca de Ripoll. En el Llusanés, plana de Vich y Guillerías me indicaron que se ofrendaban cirios.

Relación de lugares citados en el mapa:

1 Atallo	13 Bacaicoa
2 Arriba	14 Echarri-Aranaz
3 Betelu	15 Arruazu
4 Goizueta	16 Huarte-Araquil
5 Leiza	17 Yabar
6 Areso	18 Estella
7 Huici	19 Murillo de Yerri
8 Gorriti	20 Puente la Reina
9 Lecumberri	21 Obanos
<i>Valle de Ulzama</i>	22 Muruzábal
Elzaburu	23 Mendigorria
Auza	24 Aoiz
Larrainzar	25 Tafalla
Lizasó	26 Ansó
Iraizoz	27 Baraguás
Alcoz	28 Cistaín
Echalecu	29 Tamarite de Litera
10 Gulina	30 Sarroca de Bellera
11 Larumbe	31 Areo
12 Iturmendi	32 La Plana
	33 Setcases

BIBLIOGRAFIA

- Ricardo DEL ARCO Y GARAY. — *Notas de Folklore Altoaragonés*. Biblioteca de tradiciones populares. Madrid, 1943.
- Pedro ARNAL CAVERO. — *Villas y aldeas en romería*, en "Costumbres y tradiciones". Institución "Fernando el Católico". Zaragoza, 1948.
- José-Miguel DE BARANDIARÁN y colaboradores. — *Creencias y ritos funerarios*, en Anuario de Eusko-folklore. Vitoria, 1923.
- Louis COLÁS. — *La tombe basque*. Bayona, 1923.
- Bonifacio ECHEGARAY. — *Significación jurídica de algunos ritos funerarios del País Vasco*. San Sebastián, 1925.
- Eugeniusz FRANKOWSKI. — *Sistematización de los ritos usados en las ceremonias populares*. Sociedad de Estudios Vascos. Bilbao, 1919.
- Eugeniusz FRANKOWSKI. — *Estelas discoideas de la Península Ibérica*. Madrid, 1920.
- Rodney GALLOP. — *Los Vascos*. Madrid, 1955.
- Henri O'SHEA. — *La tombe basque*. Pau, 1889.
- Luis-Pedro PEÑA SANTIAGO. — *Apuntes etnográficos de Aranaz*. — En Anuario de Eusko-folklore. San Sebastián, 1962.
- Luis-Pedro PEÑA SANTIAGO. — *La argizaiola vasca*. Colección Auñamendi, número 38. San Sebastián, 1964.
- Luis-Pedro PEÑA SANTIAGO. — *La ofrenda de la cera en el Pirineo*, en "Caesaraugusta", 23-24. Zaragoza, 1964.
- Luis-Pedro PEÑA SANTIAGO. — *La argizaiola en Guipúzcoa (su fabricación)*, en "Anuario de Eusko-folklore 1963-64" (en prensa). San Sebastián.
- José ROMÉU FIGUERAS. — *Folklore de la lluvia y de las tempestades en el Pirineo Catalán*, Rev. de Dialectología y Tradiciones Populares. 1951-1.
- Ramón VIOLANT Y SIMORRA. — *Síntesis etnográfica del Pirineo español y problemas que suscitan sus áreas y elementos culturales*. Zaragoza, 1950.
- Ramón VIOLANT Y SIMORRA. — *El Pirineo español*. Madrid, 1949.
- Ramón VIOLANT Y SIMORRA. — *Mitología, folklore y etnología del fuego en Cataluña*. Rev. de Dialectología y Tradiciones Populares. 1951-4 y 1952-1.
- Ramón VIOLANT Y SIMORRA. — *Posible origen y significado de los principales motivos decorativos y de los signos de propiedad usados por los pastores pirenaicos*. Rev. de Dialectología y tradiciones populares. 1958-1 y 2.